

— ¿Qué hay; caballero? preguntó la reina abriendo los ojos.

En seguida prosiguió horrorizada.

— ¡Un cadáver! ¡un cadáver!

— V. M. me perdonará que la deje, pues he encontrado lo que venia á buscar aquí; el cadáver de mi hermano Jorge.

Era, en efecto, el del desventurado jóven á quien su hermano habia mandado dejarse matar por la reina.

Jorge habia cumplido fielmente la órden.

### CAPITULO LIII.

Jorge de Charny.

La narracion de los acontecimientos que acabamos de enumerar se ha hecho ya de cien maneras distintas, pues es seguramente una de las mas interesantes de ese gran periodo que ocupó desde el año 1789 al 1795 y que han llamado revolucion francesa.

Aun se volverá á contar de otras cien maneras; pero aseguramos de nuevo, que nadie lo podrá hacer con mas imparcialidad que nosotros.

Pero despues de tantas narraciones, inclusa la nuestra, quedará aun mucho que hacer, pues la historia nunca puede completarse enteramente. Cien mil testigos oculares presentan las cosas de una manera diferente cada uno. Cien mil detalles diferentes presentan cada uno de por sí su interes y su poesía peculiar, por lo mismo que son diferentes.

Pero ¿de qué servirán todas esas descripciones históricas, por verídicas que sean? ¿Ha habido nunca, por ventura, una leccion política que aproveche á los hombres políticos?

Jamás las lágrimas y las sangrientas tradiciones han tenido el poder de la gota de agua que socava las piedras.

No, las reinas han llorado, los reyes han sido degolla-

dos, y esto sin que sus sucesores hayan nunca sacado provecho de las lecciones dadas por la fortuna.

Los hombres fieles y adictos han prodigado sus sacrificios, sin que hayan aprovechado á las personas á quienes la fatalidad habia destinado á la desgracia.

¡Ay! nosotros hemos visto á la reina tropezar casi con el cadáver de uno de esos hombres, que los reyes que desaparecen dejan en el sangriento camino que se han visto precisados á seguir en su caida.

Algunas horas despues del grito de horror que la reina no pudo contener, y en el momento en que con el rey y con sus hijos salia de Versalles, donde no debia volver á penetrar, pasaban en un pequeño patio interior, humedecido por las lluvias que el acre aliento del otoño empezaba á secar, los sucesos que vamos á referir.

Un hombre todo vestido de negro se hallaba inclinado ante un cadáver.

Otro hombre que llevaba el uniforme de los guardias, estaba arrodillado al lado opuesto.

A tres pasos de ellos, se mantenia de pie con las manos crispadas y los ojos fijos otro personage.

El muerto era un jóven de unos veinte y dos á veinte y tres años, cuya sangre parecia haberse escapado completamente por anchas y profundas heridas en el pecho y en la cabeza.

Su pecho, surcado de rastros sangrientos, presentaba un color blanco lívido, y parecia aun levantarse bajo la respiracion convulsiva y desdeñosa de una defensa sin esperanza.

Su boca entreabierta, su cabeza echada hácia atrás con una indefinible expresion de dolor y de cólera, traia á la imaginacion la bella imágen del pueblo romano.

« Y la vida se escapó en un prolongado gemido á la mansion de las sombras. »

El hombre vestido de negro era Gilberto.

El oficial que se hallaba de rodillas era el Conde.

El que se hallaba de pie era Billot.

El cadáver, era el del baron Jorge de Charny.

Gilberto inclinado ante el cadáver, le miraba con esa sublime tenacidad que detiene en el moribundo el alma próxima á escaparse y que en el muerto evoca aun una última despedida del alma que acaba de huir.

— Frio, rígido; está muerto; completamente muerto, dijo al cabo de un rato.

El conde de Charny exhaló un ronco gemido, y estrechando en sus brazos aquel cuerpo insensible, prorumpió en sollozos tan dolorosos, que el médico se estremeció y Billot ocultó su rostro cubierto de lágrimas.

Después el conde levantó el cadáver del suelo, le apoyó contra la pared y se retiró lentamente, volviendo á cada momento la cabeza para ver si su hermano le seguía.

Gilberto permaneció con una rodilla en tierra, con la cabeza apoyada en una de sus manos, pensativo, horrorizado, inmóvil.

Billot se acercó á Gilberto : ya no oía los sollozos del conde que le habian destrozado el alma.

— Ay, señor Gilberto, señor Gilberto; hé aquí á lo que se reduce la guerra civil, y esto es lo que me habíais predicho de antemano : solamente que los sucesos se suceden con mas rapidez de lo que yo creía y de lo que vos mismo creíais. Yo he visto á estos *malvados* asesinar á gentes que lo merecian. Ahora los *malvados* asesinan á personas honradas y buenas. He visto el asesinato de Flesselles, el de Mr. de Launay, el de Foulon, el de Berthier, y me he horrorizado.

Y sin embargo, todos esos hombres eran unos miserables.

Entonces me pronosticásteis que mas adelante veria asesinar á los hombres honrados.

Han muerto al baron de Charny ; ya no me horrorizo, sino que lloro ; no me horrorizo por los demás, sino que me horrorizo de mí mismo.

— ¡ Billot! exclamó Gilberto.

Pero sin escucharle, Billot prosiguió.

— Ahí teneis un noble y valiente jóven que han asesinado, señor Gilberto ; era un soldado y ha combatido ; él no asesinaba.

Billot exhaló un suspiro que parecia salir de lo mas íntimo de su corazón.

— ¡ Ah! á ese desgraciado, continuó, le conocí siendo el muy niño todavía ; le veía pasar muchas veces por el camino de Boursonne á Villers-Cotterets montado en una jaquita torda y llevando pan á los pobres, de parte de su madre.

Era un hermoso niño de blancas y sonrosadas mejillas, con hermosos y rasgados ojos azules y con la sonrisa en los labios.

Pues bien, es cosa muy singular : aunque le he visto ahí sangriento, desfigurado, no es un cadáver lo que veo, sino al niño siempre risueño que lleva una cesta en su brazo izquierdo y un bolsillo en su mano derecha.

¡ Ah, señor Gilberto! creo que ya basta con esto, y no tengo deseos de ver mas, pues me lo habeis predicho ; llegará un momento en que tendré que veros morir también, y entonces...

Gilberto movió tristemente la cabeza.

— Billot, dijo ; tranquilizaos, mi hora no ha llegado aun.

— Sea en buen hora ; pero la mia sí ha llegado, doctor ; yo tengo mieses que se habrán perdido, tierras que están pidiendo cultivo, una familia á quien amo, y que amo mucho mas desde que he visto este cadáver que tanto dolor causa á su familia.

— ¿ Qué quereis decir, mi querido Billot? ¿ Suponeis acaso que voy yo á haceros reclamaciones sobre mis tierras?

— ¡ Oh! no, repuso sencillamente Billot ; pero como sufro, me quejo, y como las quejas de nada sirven, trato de consolarme á mi modo.

— Es decir que...

— Que deseo ardientemente volver á mis tierras, señor Gilberto.

— ¿ Todavía pensais en eso?

— ¡ Ah, señor Gilberto! oigo una voz interior que me llama allí.

— Tened cuidado, Billot, no sea que esa voz os llame á la desercion.

— Yo no soy un soldado para desertar, señor Gilberto.

— Lo que intentais hacer, es una desercion mas culpable que la del soldado.

— Explicadme eso, señor doctor.

— ¿Pues qué, habeis venido á demoler á Paris, y os marchareis á la caída del edificio?

— Para no envolver en sus ruinas á mis amigos.

— O tal vez para no ser aplastado vos mismo bajo los escombros.

— ¡Oh! ¡oh! á nadie le está prohibido pensar algo en su conservacion.

— ¡Ah! ¡magnífico cálculo! como si las piedras no rodasen; como si en su impulso no alcanzasen al cobarde que huye!

— Bien sabeis que yo no soy un cobarde, señor Gilberto.

— Pues si no lo sois, os quedareis; porque tengo aun necesidad de vuestra ayuda.

— Tambien mi familia necesita de mí.

— Billot, Billot, yo tenia entendido que habíais convenido conmigo en que el hombre que ama á su patria no tiene familia.

— Desearia saber si diríais esas palabras, si vuestro hijo ocupase el puesto de ese pobre jóven.

Y diciendo esto señalaba con su mano el cadáver del baron.

— Billot, respondió estóicamente Gilberto; llegará un dia en que mi hijo Sebastian me verá lo mismo que miro yo ese cadáver.

— Tanto peor para él si en ese dia tiene el corazon tan helado como el vuestro.

— Espero que valdrá mas que yo, Billot, y que será firme aun, precisamente porque yo le he dado el ejemplo de la firmeza.

— ¡Segun eso, vos quereis que el niño se acostumbre á ver correr la sangre; que desde su tierna edad se familiarice

con los incendios y las horcas, con los motines y los ataques nocturnos; que vea insultar á las reinas, amenazar á los reyes, y que cuando sea duro como la hoja de una espada, y frio como ella, os ame y os respete!

— No, yo no deseo que vea nada de eso, Billot; y esa es precisamente la razon que me ha impulsado á enviarle á Villers-Cotterets, de lo que casi me arrepiento ahora.

— ¿Os arrepentís ahora de ello?

— Sí.

— ¿Y por qué?

— Porque hoy hubiera visto poner en práctica el axioma del leon y el raton, que para él es solamente una fábula.

— ¿Qué quereis decir, señor Gilberto?

— Digo que hubiera visto á un pobre arrendatario á quien la casualidad habia conducido á Paris, á un valiente y honrado campesino que no sabe leer ni escribir, que jamás hubiese creido que su vida pudiese tener una influencia buena ó mala en los altos destinos que apenas se atrevia á medir con su vista; digo que hubiera visto á ese hombre que antes quiso abandonar á Paris como lo quiere en este momento; digo que hubiera visto á este hombre, contribuir de una manera increíble á la salvacion de un rey, de una reina y de sus dos hijos.

Billot contemplaba á Gilberto lleno de asombro.

— ¿Y cómo ha sido eso? dijo.

— ¿Cómo, sublime ignorante? voy á decírtelo al momento: despertándote al primer ruido, adivinando que ese ruido era un tempestad monstruosa que iba á estallar sobre Versalles, y corriendo á despertar á Mr. de Lafayette, pues Mr. de Lafayette dormia profundamente.

— ¡Oh! ¡eso es muy natural! hacia doce horas que no se habia apeado del caballo y veinte y cuatro que no habia pegado los ojos.

— Conduciéndole al palacio, continuó Gilberto, y arrojándose en medio de los asesinos gritando: «Atrás, miserables; que aquí llega el vengador!»

— ¡Oh! ¡pues es cierto! dijo Billot; ¡seguramente yo he sido quien ha hecho todo eso!

— Pues bien, Billot : ya ves que en ello hay una gran compensacion, amigo mio ; si no has podido impedir q e ese pobre jóven haya muerto asesinado, tal vez has evitado que asesinen al rey, á la reina y á sus dos hijos. ¡ Ingrato ! ¡ pedir una licencia, abandonar el servicio de la patria, en el momento en que la patria te da una recompensa !

— ¿ Pero quién puede llegar á saber todo eso que he hecho, cuando yo mismo no lo sabia ?

— ¿ Quién ? Tú y yo, Billot, ¿ no es bastante ?

Billot reflexionó un momento ; despues alargando al doctor su áspera y callosa mano.

— Es verdad, dijo, teneis razon ; pero ya conoceis que el hombre es una débil criatura, egoista é inconstante ; solo vos, señor Gilberto, sois fuerte, incansable y generoso. ¿ Quién os ha hecho así ?

— ¡ La desgracia ! dijo Gilberto con una sonrisa en la que habia mas tristeza y amargura que en el mas sentido sollozo.

— ¡ Es cosa singular ! exclamó Billot ; ¡ yo creia que la desgracia volvia malos á los hombres !

— A los débiles, sí.

— Y si yo fuera desgraciado, ¿ sería malo ?

— Tal vez llegues á ser desgraciado ; pero nunca perverso.

— ¿ Estais seguro de ello ?

— Respondo de tí.

— Entónces.... dijo Billot suspirando.

— Entónces.... repitió Gilberto.

— Entónces.... me quedo ; aunque conozco que mas de una vez volveré á ser débil.

— Pero siempre estaré yo á tu lado para alentarte en semejantes circunstancias.

— ¡ Amen ! exclamó Billot suspirando.

En seguida dirigiendo una postrera mirada al cadáver del baron de Charny á quien los criados se disponian á conducir.

— ¡ Es él mismo ! dijo ; ¡ el hermoso niño, el pobre

Jorge de Charny, sobre su jaquilla torda con una cesta en el brazo izquierdo y un bolsillo en su mano derecha !

## CAPITULO LIV

Viage y llegada de Pitou y de Sebastian Gilberto.

Ya hemos visto en qué circunstancia habia sido resuelta la partida de Pitou y de Sebastian Gilberto.

Siendo nuestra intencion abandonar momentáneamente á los principales personajes de nuestra historia para seguir á los dos jóvenes viajeros, esperamos que nuestros lectores nos permitirán entrar en algunos pormenores relativos á su partida, al camino que deben seguir, y á su llegada á Villers-Cotterets, en donde Pitou no dudaba que su salida habia dejado un gran vacío.

Gilberto encargó á Pitou que fuese á buscar á Sebastian y que lo condujese á su presencia.

Para esto le hizo subir en un carruage de alquiler, y del mismo modo que habian confiado á Sebastian á Pitou, recomendaron á este al cochero.

Al cabo de una hora, el carruage volvió conduciendo á ambos amigos de la infancia.

Gilberto y Billot los esperaban en una habitacion que habian alquilado en la calle de Saint-Honoré, un poco mas arriba de la Asuncion.

Gilberto enteró á su hijo de que debia partir aquella misma tarde con Pitou, y le preguntó si se alegraba de volver á ver aquellos hermosos bosques que tanto le habian agradado.

— Sí, padre mio, contestó el niño ; con tal de que vos vayais á verme á Villers-Cotterets, ó de que venga yo á veros á París.

— No tengas cuidado, hijo mio, dijo Gilberto besando la frente de su hijo. Ya sabes que no podria pasar sin verte.

En cuanto á Pitou, se estremecía de gozo pensando en que iba á marchar aquella misma tarde.

Palideció de alegría cuando Gilberto le puso en una mano

las dos de Sebastian, y en la otra una docena de luises de cuarenta y ocho libras cada uno.

Una interminable série de recomendaciones, higiénicas en su mayor parte, y hechas por el doctor, fué escuchada religiosa y atentamente por los dos jóvenes.

Sebastian bajaba sus grandes ojos llenos de lágrimas.

Pitou tomaba en peso y hacia resonar en su bolsillo los luises.

Gilberto entregó una carta á Pitou, á quien invistió con las facultades de ayo.

Esta carta iba dirigida al cura Fortier.

Terminado el discurso de Gilberto, Billot tomó á su vez la palabra.

— Mr. Gilberto, dijo, te ha confiado la parte moral de Sebastian, yo te confio la parte física. Tú tienes escelentes puños, y en caso necesario es menester que te sirvas de ellos.

— Sí, dijo Pitou, y tengo tambien un sable.

— No abuses de tu fuerza ni de tus armas, dijo Billot.

— Seré clemente, *clemens ero*.

— *Héroe* si quieres, repuso Billot que no entendia latin.

— Ahora, dijo Gilberto, me direis cómo pensais viajar Sebastian y tú.

— ¡Oh! exclamó Pitou, desde París á Villers-Cotterets no hay mas que diez y ocho leguas. Sebastian y yo haremos el camino hablando.

Sebastian miró un momento á Gilberto como para preguntarle si Pitou seria persona con quien se podria hablar durante diez y ocho leguas.

Pitou sorprendió esta mirada.

— Hablaremos, dijo, en latin, y nos tendrán por unos sábios.

Este era un sueño: ¡pobre criatura!

Cuántos otros con aquellos doce luises hubieran dicho:

— ¡Nos regalaremos bien!

Gilberto vaciló un momento.

Miró á Pitou y despues á Billot.

— Ya comprendo, dijo este último. Dudais en que Pitou

sea un guia seguro, y vacilais en confiarle vuestro hijo.

— ¡Oh! exclamó Gilberto, no es á él á quien le confio.

— ¿Pues á quién?

Gilberto levantó la vista, era aun demasiado volteriano para atreverse á responder.

— ¡A Dios!

Y todo quedó dispuesto. Resolvióse, por lo tanto, no cambiar en nada el plan de Pitou, que prometia sin demasiada fatiga, un viaje lleno de distracciones para el joven Sebastian, y quedó definitivamente arreglado que se pondrian en camino á la mañana siguiente.

Gilberto hubiera podido enviar á su hijo á Villers-Cotterets en uno de los carruages públicos que desde aquella época hacian el servicio desde París á la frontera, ó en su propio carruage, pero sabido es cuánto temia el aislamiento del espíritu para el joven Sebastian, y nada aislaba tanto el pensamiento como el ruido de un carruage.

Así es que se contentó con llevar á los dos jóvenes hasta Bourget, y allí indicándoles el camino bañado por un hermoso sol, y bordeado de una doble fila de árboles, los estrechó en sus brazos con la siguiente palabra:

— ¡Marchad!

Pitou marchó en consecuencia acompañado de Sebastian, que volvió muchas veces la cabeza para enviar sus últimos besos á Gilberto, quien permanecia inmóvil y con los brazos cruzados en el sitio en que se habia separado de su hijo, siguiéndole con la vista.

Pitou se erguia todo lo que le permitia su elevada estatura; Pitou se llenaba de orgullo al pensar en la confianza que habia depositado en él un personage de la importancia de Mr. Gilberto, médico de cámara.

Pitou se disponia á cumplir escrupulosamente con la obligacion que se habia impuesto, y que participaba algo de las funciones de un ayo y de una aya.

Pero Pitou tenia una gran confianza en sí mismo, y viajaba con la mayor tranquilidad, cruzando por medio de las poblaciones agitadas y aterradas por los últimos acontecimientos de París.

Además Pitou había conservado por gorra su casco, y por arma su gran sable. Esto era lo único que había ganado en las jornadas del 13 y 14 de julio; pero este doble trofeo satisfacía su ambición, dándole un aspecto formidable, que al mismo tiempo contribuía á su seguridad.

Por otra parte, este aspecto al que contribuía indudablemente aquel casco y aquel sable de dragon, era por sí una conquista que Pitou había hecho independientemente de ellos. No en valde había asistido á la toma de la Bastilla.

Ademas, Pitou había tomado infulas de abogado.

No en valde había escuchado las mociones del Hotel de Ville, los discursos de Mr. Bailly, y las arengas de Mr. de Lafayette.

Provisto de estos dos poderosos auxiliares que sabia unir á unos puños vigorosos, á una fisonomía risueña, y á un apetito de los mas felices, Pitou viajaba con la mayor confianza y alegría por el camino de Villers-Cotterets.

Para los curiosos en política, era portador de noticias, y en caso necesario las inventaba, pues había aprendido en París, donde en aquella época la fabricacion de noticias era un ramo muy explotado.

Contaba que Mr. Berthier había dejado inmensos tesoros escondidos, que se iban descubriendo poco á poco; decia que Mr. de Lafayette, parangon de toda la gloria y el orgullo de toda la Francia provincial, no era ya en París mas que un maniquí gastado, cuyo caballo blanco daba estenso campo á los escritores satíricos. Aseguraba que Mr. Bailly, á quien Lafayette honraba con la mas sincera amistad, así como á las demás personas de su familia, era un aristócrata, y que las malas lenguas iban aun mas lejos.

Cuando referia todas estas cosas Pitou, promovía tempestades en los ánimos, pero él poseía el *quos ego* de todas aquellas tempestades, y contaba anécdotas inéditas de la Austriaca.

Esta facundia inagotable, le proporcionó una série no interrumpida de magníficos convites hasta llegar á Van-

ciennes, último pueblo que tenían que atravesar para llegar al término de su viage.

Como Sebastian, por el contrario, comía poco ó nada, como no desplegaba sus labios, y como era un niño pálido y débil, todos se interesaban por él, admirando la paternal vigilancia de Pitou que le acariciaba, le cuidaba, mimaba, y ademas de eso le comía la ración, sin otra causa que la de complacerle.

Así que llegó á Vanciennes, Pitou pareció dudar; miró á Sebastian, y Sebastian miró á Pitou.

Pitou se rascó la cabeza; era señal inequívoca de que se hallaba en algun apuro.

Sebastian conocía demasiado á Pitou para ignorar el significado de aquel movimiento.

— Y bien ¿qué hay? preguntó el primero.

— Hay, dijo Pitou, que si te fuese igual y no estuvieses muy cansado, en vez de continuar nuestro camino todo derecho, podíamos pasar antes por Haramont.

Y el pobre Pitou se ruborizó al espresar este deseo, como se hubiera ruborizado Catalina al espresar otro deseo ménos inocente.

Gilberto comprendió á Pitou.

— ¡Ah! sí, dijo, allí es donde murió nuestra pobre mamá, Pitou. Vamos hermano mio, vamos.

Pitou estrechó en sus brazos á Sebastian con tal violencia que parecia quererle ahogar, y cogiéndole de la mano se dió á correr por un camino de travesía que seguía á lo largo del valle de Wuala, con tal ímpetu, que á los cien pasos Sebastian, sin poder respirar apenas, se vió precisado á decirle:

— Vamos demasiado de prisa, Pitou.

Pitou se detuvo; no había notado nada, pues no había hecho mas que caminar á su paso ordinario.

Entónces vió á Sebastian pálido y desfallecido.

Y le cogió en sus brazos como San Cristóbal cogió á Cristo.

De este modo Pitou podía caminar tan aprisa como quisiera.

Como no era esta la vez primera que Pitou llevaba en brazos á Sebastian, Sebastian se dejó llevar.

Así llegaron á Largny. En Largny sintiendo Sebastian que el pecho de Pitou se agitaba de un modo violento, dijo que ya no estaba cansado, y que podía seguirle á pie.

Pitou lleno de magnanimidad acortó el paso.

Media hora despues, los viageros llegaron al pueblo de Haramont, el pintoresco sitio de su nacimiento, como dice la romanza de un gran poeta, cuya música vale seguramente mucho mas que las palabras.

Así que llegaron ambos jóvenes, dirigieron una mirada á su alrededor.

La primera cosa que vieron fué el Crucifijo que la piedad de los fieles coloca generalmente á la entrada de los pueblos.

¡Ay! el mismo Haramont se resentía de la fatal influencia del ateismo. Los clavos que sujetaban á la cruz, el brazo derecho y los pies del Cristo, se habian roto, desgastados ya por la humedad. La imágen del Señor pendía de un solo brazo, y nadie habia tenido el pensamiento de reponer el simbolo de la libertad, de la igualdad y la fraternidad, tan preconizadas por todas partes en el sitio donde le habian colocado los judíos.

Pitou no era devoto, pero conservaba en la memoria las tradiciones de su infancia. Aquel abandonado Cristo le oprimió el corazon. Buscó uno de esos mimbres delgados y fuertes como un alambre; dejó en el suelo su casco y su sable, subió por el sagrado árbol, y ató el brazo derecho de Jesucristo al brazo de la cruz, besándole los pies al bajar.

Entretanto Sebastian oraba de rodillas al pie de la imágen. ¿Por quién oraba? No lo sabemos.

Tal vez por esa vision de su infancia que creía volver á encontrar bajo los seculares árboles de la selva, por esa madre desconocida que no es desconocida nunca, pues si no nos ha alimentado nueve meses con la leche de sus pechos, siempre nos ha alimentado nueve meses con su sangre.

Terminada esta oracion y aquella piadosa ceremonia, Pitou volvió á colocar el casco sobre su cabeza y su sable en la cintura.

Sebastian liizo la señal de la cruz, y volvió á cogerse de la mano de Pitou.

Ambos se dirigieron así á la casa en que habia nacido Pitou, y donde Sebastian habia pasado sus primeros años.

Pitou conocia perfectamente el pueblo, y sin embargo no pudo encontrar la cabaña que le habia servido de cuna.

Tuvo que preguntar, y le indicaron una casita de piedra con un tejado de pizarra.

El jardin de aquella casita estaba cercado por una tapia.

La tia Angélica habia vendido la casa de su hermana, y el nuevo propietario en uso de su derecho, lo habia destruido todo; los tapias de tierra, la antigua puerta con su agujero para que pasasen los gatos, las antiguas ventanas con sus vidrieras, que tenian tantos vidrios como pliegos de papel, en los cuales Pitou habia hecho sus primeros ensayos de palotes.

¡Todo habia sido destruido!

La puerta estaba cerrada, y en la parte de afuera de ella, habia un enorme perro negro que enseñó los dientes á Pitou en cuanto trató de aproximarse.

— Ven, dijo Pitou á Sebastian con las lágrimas en los ojos, ven á un sitio donde estoy seguro de que nada habrá cambiado.

Y Pitou condujo á Sebastian hácia el cementerio donde estaba enterrada su madre.

El pobre niño tenia razon; nada habia cambiado allí; la yerba únicamente habia crecido y la yerba crec lo mismo en los cementerios que en otra parte, y podia suceder muy bien que Pitou no llegase á reconocer la tumba de su madre.

Por fortuna, al mismo tiempo que la yerba, habia crecido una rama de sauce, la cual en tres ó cuatro años se habia hecho un árbol. Pitou se dirigió sin vacilar hácia aquel árbol y besó la tierra cubierta por su sombra con la

misma piedad instintiva con que habia besado los pies del Salvador del mundo.

Al levantarse sintió las ramas del sauce, que agitadas por el viento se movian sobre su cabeza.

Entónces alargó los brazos, las reunió y las estrechó contra su corazon.

Era esto como un último abrazo dado á la cabellera de su madre, que flotaba á merced del viento.

Detuviéronse allí mucho tiempo los dos niños; pero el día empezaba á desaparecer.

Era preciso, por lo tanto, abandonar aquella tumba, la única cosa que parecía recordar el pobre Pitou.

Al separarse de ella, Pitou tuvo por un momento la idea de arrancar una de las ramas de aquel sauce y meterla en su casco; pero se detuvo.

Se figuró que seria causar un dolor á su pobre madre el arrancar la rama de un árbol, cuyas raices envolvian tal vez el atahud deshecho en que reposaba su cadáver.

Besó por última vez la tierra, volvió á tomar de la mano á Sebastian, y se alejó.

Todos los habitantes se encontraban en el campo, y así es que muy pocas personas habian visto á Pitou, que disfrazado además con su casco y sus armas, no fué reconocido por nadie.

En seguida tomó el camino de Villers-Cotterets, camino delicioso que cruza la selva en la longitud de tres cuartos de legua, sin que ningun objeto animado le distrajese de su dolor.

Sebastian le seguia silencioso y pensativo.

A eso de las cinco de la tarde llegaron los viajeros á Villers-Cotterets.

## CAPITULO LV

De cómo Pitou que habia sido maldecido y arrojado de casa de su tia por un barbarismo y tres solecismos, fué vuelto á maldecir y vuelto á echar por ella, por causa de un ave compuesta con arroz.

Pitou llegó á Villers-Cotterets por la parte que se llama la Faisanderie; cruzó por medio del salon de baile, de-

sierto durante la semana, y adonde no hacia un mes aun, habia llevado Pitou á Catalina.

¡Qué de cosas habian pasado á Pitou y á la Francia durante aquellas tres semanas!

Despues, habiendo seguido la larga calle de castaños, se dirigió á llamar á la puerta del cura Fortier.

Tres años hacia que Pitou habia salido de Haramont, y solo hacia tres semanas que faltaba de Villers-Cotterets; así es que nada tiene de estraño que no le reconociesen en el primer punto y que le conocieran en el segundo.

En un momento, se estendió por todas partes la noticia de que Pitou acababa de llegar con el jóven Sebastian Gilberto y que ambos habian entrado por la puerta falsa de la casa del cura Fortier; que Sebastian estaba poco mas ó menos lo mismo que cuando se marchó; pero que Pitou llevaba un gran casco y un enorme sable.

De aquí resultó que se agolpó mucha gente ante la casa del cura, y delante de la puerta principal; porque se supo que si Pitou se habia introducido en ella por la puerta falsa, saldria por la que daba á la calle de Soissons.

Este era el camino que debia tomar para dirigirse á Pleux.

Efectivamente, Pitou no se detuvo en casa del cura Fortier mas que el tiempo necesario para entregar en manos de su hermana la misiva del doctor, y dejar á Sebastian Gilberto cinco luises destinados á pagar su pension en el colegio.

La hermana del cura tuvo al principio mucho miedo cuando vió introducirse por la puerta del jardin al formidable soldado; pero bien pronto bajo el casco del dragon, reconoció el semblante risueño y cándido de Pitou, lo que la tranquilizó un poco.

Por último, la vista de los cinco luises acabó de tranquilizarla enteramente.

Este temor era tanto mas fácil de explicar en aquella pobre muger, cuanto que el cura Fortier habia salido para llevar á paseo á sus discipulos y se hallaba enteramente sola en la casa.

Pitou, despues de haber entregado la carta y los cinco